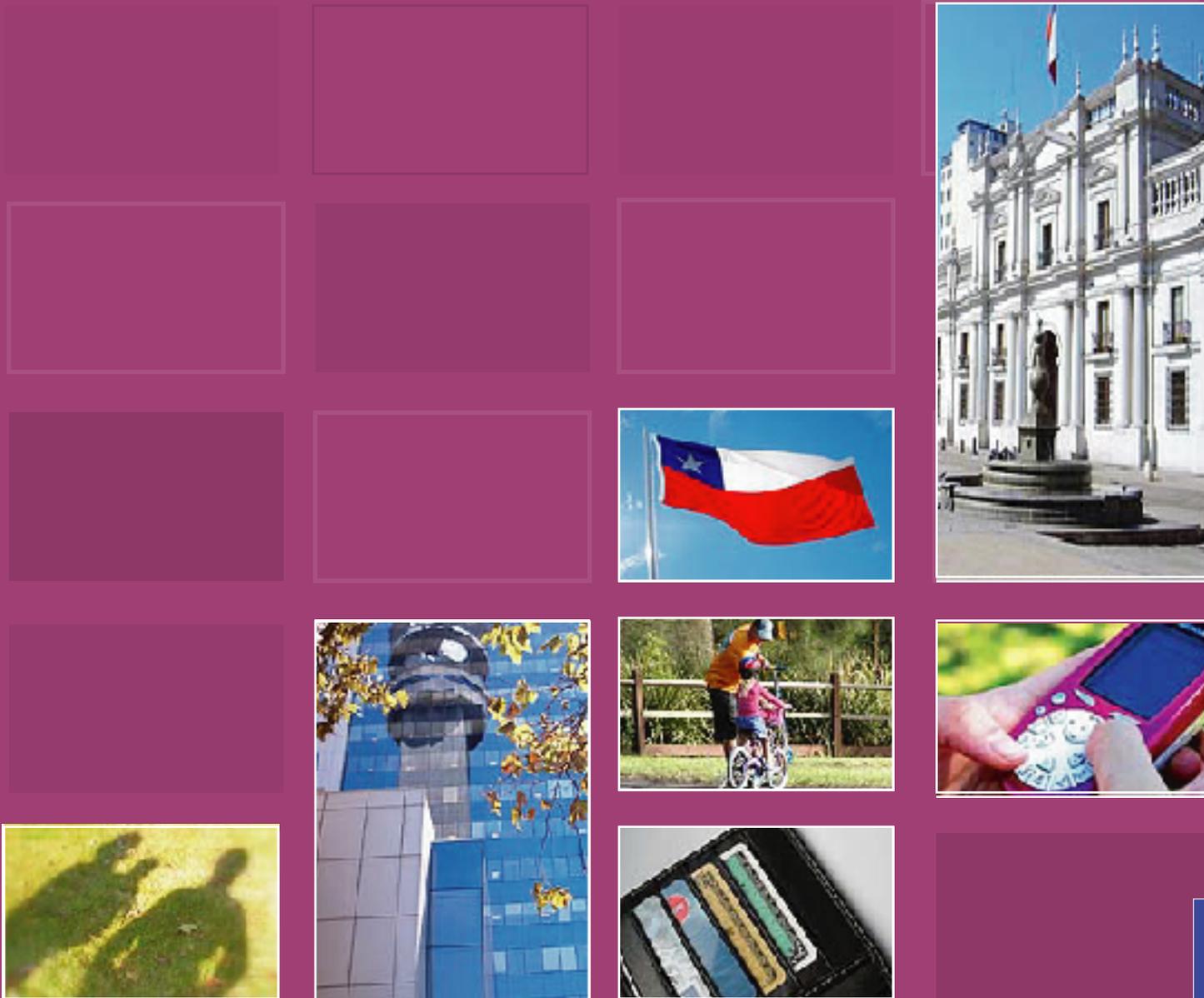


LA SOCIEDAD CHILENA HA CAMBIADO DE ESCALA: ¿Y AHORA QUÉ?



LA SOCIEDAD CHILENA HA CAMBIADO DE ESCALA: ¿Y AHORA QUÉ?



LA SOCIEDAD CHILENA HA CAMBIADO DE ESCALA: ¿Y AHORA QUÉ?¹

Pedro Güell ²

En esto de cambiar, la sociedad chilena ha ido de sorpresa en sorpresa en los últimos tiempos. Los cambios han sido inesperados, nos han descolocado y, las más de las veces, nos ha costado reaccionar. Al final del día, se han hecho los ajustes y las adaptaciones de la sociedad ante ellos, pero a tirones y, casi siempre, tardíamente.

De hecho, hoy nos estamos reuniendo, una vez más, a hablar del cambio. Pero, no se trata de lo mismo que hablábamos hace unos diez años a propósito del llamado “destape criollo”. Los cambios que hoy nos sorprenden son cualitativamente distintos a los de ayer y anteayer, porque hoy están en juego otras cosas.

Puede sugerirse que lo que está cambiando ante nuestros ojos es algo más que una institución aquí, unos comportamientos allá, unas expectativas y demandas más allá. Eso también, pero lo que nos está provocando las mayores sorpresas es que está cambiando la manera misma de cambiar. Los modos en que se producen las novedades, los lugares dónde ocurren y los actores que los mueven son otros a los de ayer. Esto agrega un desafío adicional a la capacidad de la sociedad para reaccionar ante los cambios y más aún para conducirlos.

La manera más segura para quedar otra vez descolocados sería mirarlos desde la misma perspectiva y con los mismos conceptos con que hemos mirado y analizado los cambios precedentes. Las ideas siguientes están destinadas a ofrecer una mayor precisión en la caracterización de estos nuevos cambios.

De nuevo el cambio

Hacia fines de los noventa comenzó a constatarse cambios importantes en la sociedad chilena: cambios en los patrones de comportamiento y en las subjetividades, en lo que hacían las personas y grupos, y por qué razón lo hacían de esa manera. Ahí estaban los síntomas: los desnudos de Tünick, la elección de un presidente socialista, el destape sexual y el surgimiento de la farándula, las reacciones a la detención de Pinochet en Londres, la revolución de las tarjetas de las casas comerciales y de los celulares, la desafección política de los jóvenes, los cambios en las vidas familiares. Todas esas novedades sorprendían porque no encajaban bien en la imagen que teníamos de nosotros mismos. Surgió entonces un cierto diagnóstico común que explicaba los cambios. Por una parte, ellos aparecían como efecto de un desentumecimiento de la sociedad respecto del frío heredado en las épocas de la dictadura y, por la otra, como consecuencia de una mayor agitación de los espíritus al calor del aumento del consumo, de las nuevas libertades y de los medios de comunicación.

Finalmente, según los diagnósticos, lo que parecía ocurrir en esa época era el resultado esperable de una democratización modernizadora y del crecimiento económico. Se trataba de un fruto deseable que podía ser perfectamente encauzable en la institucionalidad que organizaba la gobernabilidad del país. Después de todo, esos cambios no le eran tan ajenos, pues era la propia institucionalidad de la transición la que los había provocado. Dicho lo cual, nos acostumbramos al cambio y pasamos a considerarlo como parte normal de nuestras vidas.

¹ Conferencia dictada en el seminario “Transformaciones de la Sociedad Chilena” organizado por CED, CIEPLAN, CHILE 21, EXPANSIVA y PROYECTAMÉRICA, Cineteca Centro Cultural Palacio de La Moneda, 6 agosto 2007.

² Doctor en sociología, decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Alberto Hurtado e investigador del Informe sobre Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). El autor agradece los comentarios y sugerencias de Carolina Alessandri en la elaboración de estas notas.

Pero, aquí estamos de nuevo, menos de diez años después y nuevamente sorprendidos, y no es para menos. Hoy observamos movimientos sociales inesperados tales como los estudiantes secundarios, los subcontratistas, las denunciantes del femicidio, los motociclistas y cientos de otros grupos dispersos y efímeros; una presidenta mujer en país de machistas; actitudes centrífugas o “díscolas” en política -aún con la camisa de fuerza del sistema electoral binominal; aumento de las convivencias de pareja a mayor velocidad que los matrimonios; nuevas dirigencias sindicales, barriales, gremiales; nuevas tribus de todo tipo, desde jóvenes pandillas hasta tertulias políticas -pasando por grupos de autoayuda; muchas minorías y pocas mayorías; una extendida sensación de abundancia económica acompañada de un desconcierto a la hora de decidir en que gastarla.

No es más de lo mismo

Algunos podrían tener la razonable tentación de pensar que son las mismas tendencias de cambio de antes, sólo que se aceleraron más de lo esperado. En el fondo, la estructura del proceso sería esencialmente la misma; la única sorpresa posible sería ante el error en las proyecciones de la velocidad y magnitud de los cambios, no ante su cualidad o dirección. Es una explicación semejante a la que suele usarse para mostrar la situación del aeropuerto Arturo Merino Benítez, que se ha vuelto una suerte de metáfora del modo en que el país piensa sus cambios y sus sorpresas. En él, que parece quedar estrecho aún antes de que se inauguren las sucesivas ampliaciones, lo que habría cambiado es el número de gente que viaja, no las maneras, las razones para viajar, los destinos o el tipo de relaciones que se establecen cuando se viaja. La conclusión, entonces, sería obvia: basta con una nueva ampliación, no es necesario cambiar su diseño.

Sin embargo, y esta es la hipótesis central de estas notas, lo que estamos viendo hoy no son los síntomas del avance incremental de los cambios iniciados hace una década, sólo que esta vez más acelerados. Esta vez lo que está cambiando son los contenidos y las formas del cambio mismo. Hoy estamos frente a los síntomas

de algo cualitativamente nuevo. Presentaré, con las inevitables limitaciones de un espacio restringido como el de estas notas, algunas hipótesis sobre las características de este cambio cualitativo, algunas de sus causas, consecuencias y posibles desafíos.

En primer lugar, lo que está cambiando es la forma en que se producen los cambios. Estos se han vuelto no sólo más acelerados, sino que se han vuelto difíciles de predecir, porque tienen agentes inesperados, surgen en lugares inesperados y apuntan a demandas que no son fáciles de reconocer en el sistema institucional ¿quién pudo prever el movimiento secundario y que su objetivo apuntaría directo a la organización constitucional de la educación y no sólo al pasaje escolar o la subvención del estado? ¿Quién pudo predecir el alto rating que obtendría en televisión una serie nacional representando la más cruda violencia? ¿Y ambos fenómenos tienen algo que ver el uno con el otro?

Los cambios no son sólo veloces e impredecibles, sino que además ocurren muchos al mismo tiempo, cada uno de ellos con lógicas divergentes, en espacios sociales distantes y sin vínculos entre sí. En esas circunstancias, hasta el analista más experto tiene dificultad para organizar escenarios acerca del efecto combinado de las diversas demandas y sensibilidades sociales.

En segundo lugar, el motor principal de los nuevos fenómenos ya no es el mismo que hasta hace unos pocos años atrás. Si se piensa, por ejemplo, en los dos cambios previos más importantes - la introducción del mercado y la vuelta a la democracia - ellos fueron obra de las instituciones públicas, de los actores institucionales y de los grandes relatos pronunciados desde el Estado. Por el contrario, si se miran los nuevos cambios, como el movimiento secundario, o los nuevos discursos y prácticas sobre el cuerpo y la salud o las nuevas demandas salariales, veremos que su motor son las expectativas y temores de los individuos, los procesos de construcción de sus proyectos biográficos y sus relaciones primarias en la vida cotidiana. Estas dinámicas suelen ser muy autónomas respecto de las lógicas de las grandes instituciones.

Un buen ejemplo de este cambio es la diferente forma en que se han abordado en estos dos períodos las transformaciones de la familia. Durante los noventa y hasta la ley del divorcio el foco estuvo concentrado en los procesos y actores institucionales que producían las leyes que regulaban los aspectos objetivos de las relaciones familiares, como patrimonio, filiación, violencia, educación, etc. Hoy los cambios que se han vuelto de interés y conflicto son los vínculos subjetivos de la pareja. Estos cambios no se procesan en el parlamento, sino en los medios de comunicación, en los libros de autoayuda y en las consultas del psicólogo. Lo específico de los cambios actuales de la familia no parece radicar en los desafíos de su organización jurídica o económica, sino en algo que está más allá de sus dimensiones formales y refiere a otros procesos, especialmente de tipo subjetivo. Con ello comienza también a cambiar la definición social acerca de qué es relevante y problemático en la familia. Y desde allí comienzan a hacerse visibles otros procesos, otros actores y otros lenguajes que los de la economía y el derecho. No se trata pues de un nuevo cambio que le ocurre a familia considerada en su núcleo como el mismo hecho objetivo de siempre. Lo que cambia es la perspectiva que la sociedad emplea para observarla; más precisamente, a las antiguas perspectivas se le agrega una nueva, que además es irreductible a las anteriores.

Tercero, también está cambiando el objeto del cambio, es decir aquello que se quiere o se espera obtener de ellos. Los cambios de finales de los noventa apuntaban a producir actitudes nuevas. Lo sorprendente del evento organizado por el fotógrafo Tünick fue ver desnudos en el parque a los supuestos reprimidos chilenos. Efectivamente ello podía interpretarse como un cambio en algunas actitudes muy arraigadas. De hecho, la modificación acelerada de esos y otros muchos comportamientos se inició en esa época y hoy día continúa todos los días por su propia inercia. Lo realmente nuevo es que los cambios ya no apuntan sólo a modificar los nuevos comportamientos sino al orden social mismo.

Hoy, el cambio está produciendo una conversación pública distinta a la de entonces. Hace unos años el debate público sobre el cambio se centró en lo cultural y tendió a corregir la autoimagen del país como efecto de

algunos cambios sorprendentes en los comportamientos. Allí era usual encontrar titulares del tipo “¿Cómo somos los chilenos?”, “Los Nuevos Chilenos”, o “¿Qué nos pasa a los chilenos?”. Hoy, por el contrario, las conversaciones sobre los cambios versan sobre la organización misma del orden en que vivimos. Los debates sobre desigualdad, el salario mínimo, el transantiago, la educación, apuntan en ese sentido.

Los motores del nuevo cambio

¿Y cuáles son las causas de este nuevo tipo de cambios? Probablemente son muchas y esa es una de sus características básicas. Sin embargo, parece posible agruparlas, aunque muy esquemáticamente, en tres tipos.

En primer lugar, están las propias modificaciones institucionales y las políticas públicas del último cuarto del siglo XX: la imposición abrupta de relaciones de mercado primero, y el retorno a la democracia después.

En segundo término, están la fuerza y los efectos de la globalización. Por la variedad y complejidad de las actividades y vínculos que ha hecho posible, aquella ha aumentado los desafíos de coordinación de las actividades sociales. Paralelamente, la globalización ha debilitado o volatilizado los referentes culturales históricos que servían de apoyo a la integración de los vínculos al interior de nuestras sociedades. Sin embargo, aún no han surgido los nuevos mecanismos que permitan procesar los inéditos desafíos de la coordinación de las actividades sociales de tipo planetario, ni han cristalizado relatos nuevos que den sentido a los vínculos y pertenencias sociales a escala global. Esta confusa transición cultural e institucional desde lo nacional a lo global es una de las características fuertes de la actual fase de la globalización.

En tercer lugar, una de las causas de los nuevos cambios es el despliegue de la individuación. Esto tiene un especial impacto en Chile, una sociedad tradicional y tercamente centrada en el Estado y en las pertenencias domésticas como fuentes de sentido. Es un movimien-

to de extraordinaria fuerza que hace que las personas se piensen y se trabajen a sí mismas como biografías siempre inconclusas, las cuales deben ser construidas a partir de las propias fuerzas y de las propias orientaciones. La demanda que los individuos hacen sobre el mundo alude a la igualdad de condiciones para el trabajo biográfico, igualdad de dignidad para las identidades que resultan de ese trabajo, y horizontalidad en las relaciones sociales en las que se encuentran con otros. Obviamente, la individuación es una fuerza muy disruptiva de las formas de convivencia y gobernabilidad en un país como el nuestro, tradicionalmente autoritario y muy desigual en la distribución de las dignidades y reconocimientos, aún más que en la distribución de los ingresos.

Las consecuencias: el cambio de escala

¿Cuáles podrían ser, con un rango aceptable de probabilidad, las consecuencias de mediano plazo de este nuevo tipo de cambio y de sus nuevos contenidos?

Una consecuencia probable será un hecho muy significativo y novedoso respecto de la forma histórica en que se ha organizado el orden social en Chile. Puede producirse una inversión de la relación tradicional entre sociedad e instituciones. Hoy las fuerzas del cambio y los procesos de su encauzamiento ya no están del lado de las instituciones sino del lado de la sociedad y probablemente lo estarán cada vez más. Este nuevo cambio social procede de la variedad de los trabajos biográficos emprendidos por las personas, de las demandas dispersas y efímeras de muchos actores diversos organizados en torno a problemas cotidianos, de los sentidos que se arman y se desarman al calor de los medios de comunicación de masas y del consumo, de las nuevas formas de solidaridad directa y refractarias a las justificaciones ideológicas.

A la sociedad chilena le está quedando chico su entramado institucional; tenemos más sociedad que la capacidad de las instituciones para procesarlas. Entre otras cosas, porque culturalmente las instituciones en Chile están hechas para crear la realidad social a partir

de sí mismas, no para reconocer, procesar y organizar realidades creadas en un lugar distinto de ellas. Esto está tocando techo y no por un problema de eficiencia de las instituciones, sino porque no fueron hechas para encauzar el tipo de sociedad que hoy tienen por delante, aunque, en buena parte, ese mismo marco institucional contribuyó a crearla.

Otra consecuencia, que será la consecuencia más permanente de los cambios señalados aquí, es el cambio de escala en los problemas de coordinación y de integración social, es decir en la organización eficiente de las actividades sociales y en la provisión de sentido a los vínculos sociales que allí se ponen en juego. Un cambio de escala no es un aumento en la cantidad de lo mismo, sino el apareamiento de algo cualitativamente distinto que no puede ser procesado con los instrumentos y sentidos previos.

Una ciudad donde, según mi estimación, cada año entran más metros cuadrados de autos que los metros cuadrados de caminos principales nuevos que se construyen, desproporción que probablemente no se alterará, experimenta un cambio de escala en los problemas del transporte. Una sociedad donde no sólo todo se masifica, sino donde las masas no se comportan tradicionalmente como masas, es decir como movimientos uniformes al unísono de una misma música. Ellas son más bien aglomerados casuales de trayectorias biográficas específicas cada una en demanda de exclusividad y siguiendo su propio ritmo. Allí esta nueva forma de masificación significa cambio de escala.

Cuando en un país las políticas de integración de tipo cuantitativa, como el aumento de la cobertura educacional, el aumento de cobertura en salud o el aumento de cobertura en vivienda entran en su fase de rendimientos decrecientes y se pasa a las políticas de calidad, entonces ahí hay un cambio de escala. Las nuevas demandas por calidad, como se ha mostrado en la educación, exigen el diseño de procesos altamente complejos, participativos, sometidos a un fuerte componente de ensayo y error, retroalimentando permanentemente resultados parciales. Se trata, por definición, de problemas no-lineales. Ello no puede ser abordado por la forma tradicional de diseño lineal de las políticas

públicas. Esto exige un cambio de escala en el modo de abordar los problemas.

Cuando el Estado y la política ya no son los referentes centrales que crean, legitiman y organizan las demandas y sentidos de la vida social; cuando la idea patriarcal de autoridad familiar ya no logra articular las identidades y las actividades de los miembros de la familia, y en ambos casos debe reconocerse una fuerte pluralidad de los sentidos y de las identidades de los participantes, así como una creciente horizontalidad de sus derechos y dignidades, allí hay un cambio de escala en los desafíos de la integración de la vida pública y privada.

Chile está transitando un cambio de escala en sus problemas de coordinación social y en sus problemas de integración cultural. Nuestro ordenamiento institucional, tanto público como privado, no está preparado para este cambio de escala. Este desajuste con las energías y desafíos de la sociedad será un problema. Ya hoy es nuestro problema.

Del malestar cultural a la acción

¿Puede esto dar origen a un nuevo malestar cultural, como el que se diagnosticó a mediados de los noventa? No lo creo. El malestar cultural suele ser expresión de la incertidumbre y el miedo que surgen cuando las formas tradicionales de la vida cotidiana se desintegran y cuando no se tienen ni fuerzas ni recursos para defenderla. Pero la característica de las subjetividades sociales hoy día en Chile no son precisamente la impotencia y el temor ante la pérdida del pasado. Lo probable es que las personas y grupos no resuelvan sus nuevos problemas con la retracción e impotencia propia del malestar

que vimos en otros tiempos, sino con la acción. Pueden llegar a enfrentar la estrechez del marco institucional con estrategias individuales o grupales, muy episódicas en el tiempo y muy locales en el espacio, muchas de ellas por fuera o por delante del marco institucional. Es probable que comencemos a oír de manera cada vez más frecuente, como ya lo hacemos, la afirmación “eso no es legal” para describir los nuevos fenómenos. Esto, aunque puede no crear problemas inmediatos de gobernabilidad, si aumentará aún más la complejidad de los problemas de coordinación y de integración.

¿Cuál es el desafío?

Primero y en simple, no mirar para el lado. El problema ya está aquí y no hay soluciones fáciles. Por mucho que se remocén las instituciones y los relatos sociales de una escala previa, ellos no pueden reducir la complejidad y la diversidad de una sociedad de escala superior. Sería como tratar de impedir el crecimiento de los niños remendándoles la ropa que les quedó chica. Tampoco lo logrará un supuesto retorno a formas comunitarias de cohesión, ni una supuesta auto organización participativa desde abajo de la propia sociedad. El problema es del entramado institucional y de los relatos colectivos y ellos tienen espacios propios de procesamiento como es la política y el trabajo de las elites.

Es necesario reconocer que estos entramados están prácticamente agotados, en parte por sus propios éxitos y en parte por su rigidez para cambiar. Parece oportuno entonces repensar nuestras formas de coordinación y de integración y los procesos institucionales mediante los cuales lo encauzamos, y eso es en primer lugar un desafío intelectual.

